

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE
EI ENGREÍDO Y UN CORRUPTO QUE BAJA LOS OJOS

30º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - Ciclo C

Ante Dios cada uno es lo que es. Ni más ni menos.

El Santo Cura de Ars

Lucas 18, 9-14

*A unos que se tenían por **justos** y despreciaban a los demás Jesús les dijo esta parábola:*

*"Dos hombres fueron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, plantado en primera fila, oraba en su interior de esta manera: "¡Oh Dios!, **te doy gracias** porque **no soy como los demás: ladrones, malvados, adúltero, ni como ese publicano**; yo ayuno dos veces por semana y pago al templo la décima parte de mis ganancias". El publicano, por el contrario, se quedó a distancia y **no se atrevía ni a levantar sus ojos del suelo**, sino que se golpeaba el pecho y decía: "Oh Dios! Ten compasión de mí, que **soy un pecador**. Os digo que éste volvió a su casa **justificado**, y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado".*

Amigos, amigas:

Aunque Jesús tenía dicho *No juzguéis*, hoy es él el que juzga. Pero lo hace en parábola, no señala a nadie en particular y establece un juicio válido para todos. Podemos mirarnos en la parábola como en un espejo. Tal vez encontramos algo de nosotros mismos. Como soy sincero, me preguntaré como creyente **cuánto** de **fariseo** y cuánto de **publicano** hay en mi vida, en mi relación con Dios y en mi modo de rezar.

El abultado ego del fariseo

Su expediente moral: impecable

Señor, te doy gracias...

No juzguemos al fariseo de manera farisaica – es decir, hipócritamente -. Hay que reconocer que el palmarés del *Fariseo* en el terreno religioso y moral es impresionante. Cumplidor estricto de la Ley, no sólo evita escrupulosamente maldades como el robo, el adulterio o la injusticia. La seriedad con que toma la religión lo lleva a prácticas de penitencia y de desprendimiento: ayunos semanales (dos veces) y entrega de sumas de dinero, el equivalente a la décima parte de sus bienes gananciales... ¿Cuántos de nosotros hace eso al fin de mes, apartar el 10%, para entregarlo libremente a fines altruistas? Además, ahora en

el templo, en el momento de rezar, **no pide nada**, sólo **da gracias**. ¿Piensa que lo bueno que ha hecho o lo malo que ha evitado se debe a Dios? *Gracias...* ¿Qué se puede criticar en esta oración?

Los *actos* son buenos, pero la *actitud* es perversa y lo echa todo a perder. Ante Dios, al **separarse** de los demás se ha separado de Dios. Mide su propia vida, mirando “hacia abajo”, hacia el que está postrado y apartado, al establecer su rango ante Dios (*No soy como éstos...*). Ladrones, bandoleros, adúlteros y “colaboracionistas” son la medida. Esto convierte sus palabras en una declaración de autoalabanza y a la vez insolidaria con el hermano, igual que el hermano mayor en la parábola del *Hijo Perdido*.

Te doy gracias... ¿Es una oración sincera? En realidad, ¿qué tiene que agradecer? **Ya ha pagado** con sus obras. Por otro lado, nada necesita esperar de Dios: **ya ha recibido su paga** que es la autocomplacencia y la aprobación social. No hay cuentas pendientes con Dios.

Pero el Salmo dice: *Ojos engreídos, corazones arrogantes, no los soportaré* (Salmo 101, 5).

El expediente moral del publicano: desastroso

Oh Dios, ten piedad...

En el caso del *publicano* – una especie social muy impopular entre los judíos - lo indicado no es una compasión sentimental por él. Los que se dedicaban a su profesión – la de recaudar impuestos en el imperio romano – tenían una justa fama de granujas, brutales extorsionadores de la gente, acusados de enriquecimiento injusto y tal vez (mal pensados como somos) de los desórdenes que el fariseo dice haber evitado: ladrón, licencioso, negocios sucios... Un tipo repulsivo, especialmente odiado por el pueblo, que veía, además, en él a un colaboracionista con la potencia opresora (Roma). En suma, un **pecador** público. ¿Qué vio el Señor en él, en su manera de orar en el templo, como para decir que sale del templo “justificado”, en paz con Dios y consigo mismo?

No tiene a quien despreciar a su lado. Está sólo ante Dios, y percibe la distancia que lo separa de Él: el mal hecho es irreparable. Desespera absolutamente de sí mismo. Sólo queda el perdón en manos de Dios. Y no hay sitio para disculpas. Tampoco para observar la hipocresía o la insolidaridad del vecino y dar las gracias por no ser como él. Si hubiera cedido a la tentación de mirar al fariseo y lo hubiera etiquetado como ese “puerco burgués” o “ese hipócrita, pagado de sí mismo”, entonces tampoco habría justificación para él.

Cómo ve Dios las cosas

Caridad en ángulo

¿Por qué prefiere Dios al ladrón arrepentido, en lugar del fariseo que parece no tiene de qué arrepentirse? Esta es la cuestión del evangelio de hoy, y de otros pasajes de la vida de Jesús. Recordemos la **alegría de los ángeles** por

un pecador que hace propósito de enmienda: la alegría es mayor que la de noventa nueve justos que no necesitan arrepentirse (Lucas 15, 10). Hay aquí algo absolutamente **sagrado**. La relación con Dios es una relación en ángulo. No hay nexo con Dios si está roto el nexo con el hombre. Amar a Dios y amar al hombre van juntos. Incluso en el balance del Juicio Final (*Mateo cap.25*) seremos examinados acerca del trato que hayamos dado a personas que no pueden valerse por sí mismas. Jesús se identifica con ellas. El desprecio hecho al publicano – **no soy como ese** - lo ve Dios como algo que **le afecta a Él**. Se siente despreciado en el desprecio hecho al publicano. Como Jesús se ve a sí mismo en el desvalido que ha recibido la ayuda o en el desvalido que ha sido ignorado.

La **justicia** de Dios es su **misericordia**. Y sólo los misericordiosos se parecen a Dios y alcanzarán misericordia.

Ante Dios

La humildad es una toma de conciencia. La entrada en el templo es estar **ante Dios**, como es el caso del fariseo y el publicano, o de cualquiera de nosotros cuando en la iglesia o en casa o en medio de la naturaleza se pone a **rezar**. El conocimiento que da la fe que reza es el de la distancia, la infinita **diferencia** de bondad que media entre Dios y nosotros. En **presencia de Dios** todo se hace pequeño, y en el caso del hombre, no sólo se hace pequeño, existe además el **abismo** que el **mal** libremente elegido (pecado) abre entre Dios y nosotros.

La **arrogancia** del fariseo le impide estar propiamente ante Dios, y sólo habla de sí mismo y ante sí mismo. A ello se añade una desgraciada e insolidaria comparación con el otro, el publicano, que es consciente de su miseria y la reconoce ante Dios...

¿Por qué los **santos** han dicho siempre que son **pecadores**, incluso los **más** pecadores? Es humildad, pero no se están comparando con otros, simplemente están **ante Dios**, embargados del asombro de su presencia y del sentimiento de pequeñez y culpabilidad que le acompaña.

Nota al margen

El fariseo por dentro. Jesús es muy duro: *Vosotros limpiáis por fuera la copa y el plato, pero por dentro...* (Lucas 11, 39), *Ay de vosotros fariseos hipócritas...* (Mt 23, 29). *Guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello* (Mt 23, 24). *Cuidado con la levadura de los fariseos, o sea, con su hipocresía* (Lc 12, 1). Y así en otros lugares. Hipocresía: ocultamiento, conducta moral “teatral” – el fariseo es **actor**, más que **autor** de su conducta virtuosa -; conducta moral simulada y, a la vez, búsqueda del reconocimiento social. Jesús siente repugnancia por tal conducta. Y los zarandea y los desenmascara “con el látigo de su boca”. También ellos necesitan conversión.

Bernardo Beny

CITAS Y LECTURAS LEDITATIVAS

No se atrevía

No se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; es decir, bajaba los ojos. ¡Nada extraordinario! También físicamente hay algo en el infinito que abrumba a la persona cuando no hay nada donde posar los ojos (recordando lo sublime). Este efecto se llama vértigo; y entonces uno tiene que bajar los ojos. Y aquel que, a solas con su culpa y su pecado, sabe que si abre sus ojos, verá la santidad de Dios y nada más, seguramente aprende a bajar los ojos; o tal vez alzó la mirada y vio la santidad de Dios - y bajó sus ojos. Bajó la mirada y vio su abyección, y más pesadamente que el sueño que pesa sobre los párpados del exhausto, más pesadamente que el sueño de la muerte, la santidad de Dios forzaba a bajar los ojos; como un exhausto, como uno que se asemeja al agonizante, era incapaz de levantar sus ojos.

S.

Kierkegaard, *Discursos religiosos*

Dos rezan en el templo

Para el fariseo esa mirada comparativa que lanza sobre otros es una fatalidad. Escenifica su propio valor al segregarse de los demás...

La competencia del modo de pensar arriba-abajo (en la escala social) socava la igualdad de valor y dignidad de todos los seres humanos. Eso envenena la vida en común. Y por desgracia puede experimentarse a diario en la sociedad y en la Iglesia. Además se pervierte así el propio ser, a saber, que a pesar de toda su gran capacidad sea una persona limitada. *Sólo uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos y hermanas* (Mateo 23, 8). Nadie está excluido de esta realidad. El que acepta la fragilidad humana puede experimentar a los otros como enriquecimiento y complemento, y abre espacio a la gracia de Dios. “La oración del publicano tiende las manos a la divinidad de Dios. Así su plegaria alcanza mucho más arriba desde el más bajo lugar que ocupa”, ha resumido el teólogo Helmut Gollwizer.

Renate Kern

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE

(Octubre 2019)